

# La hospitalidad que recrea a la Iglesia

*“Volver a echar con otros las redes de la vida”*

*Mariola López rscj*

*«La noche de 1973, en Montevideo, cuartel noveno de Caballería: jodida noche. Rugidos de camiones, ráfagas de metralla, los presos al suelo, boca abajo, manos en la nuca, un fusil clavado en cada espalda, gritos, patadas, culatazos, amenazas...*

*A la mañana siguiente, uno de los presos, que todavía no había perdido la cuenta del almanaque, recordó:*

*- “Hoy es domingo de Pascua”.*

*Estaba prohibido juntarse. Pero se hizo. Al centro del barracón, se hizo. Ayudaron los que no eran cristianos. Algunos vigilaban los portones de rejas y seguían los pasos de los soldados de guardia.*

*Otros formaron un anillo de gente que iba y venía caminando como al descuido, alrededor de los celebrantes.*

*Miguel Brun susurró algunas palabras. Evocó el nacimiento de Jesús, que anunciaba la redención de todos los cautivos. Jesús sería perseguido, encarcelado, atormentado y asesinado, pero un domingo como éste, había hecho crujir los muros, y los había volteado, para que toda prisión tuviera libertad y toda soledad tuviera encuentro.*

*Los presos no tenían nada. Ni pan, ni vino, ni vasos siquiera. Fue la comunión de las manos vacías. Miguel ofreció al que se había ofrecido.*

*- “Comamos –susurró- Éste es su cuerpo”.*

*Y los cristianos se llevaron la mano a la boca, y comieron el pan invisible.*

*- “Bebamos. Ésta es su sangre”.*

*Y alzaron la ninguna copa, y bebieron el vino invisible»<sup>1</sup>.*

**📖 Juan 21, 1-17:** «Unas brasas en la orilla y, en ellas, unos peces».

Dicen que toda acogida es primero un proceso de despojamiento tanto para el que da como para el que recibe. La hospitalidad no consiste en colmar al invitado de mi generosidad: lo que cuenta es **estar juntos en la gratitud**.

La hospitalidad consiste en dejar entrar al otro en la casa de uno o, a su vez, entrar en su casa. Es necesario dedicar tiempo y más aún comprometerse en una acción cordial y generosa. Esta acogida es gratuita de lo contrario no puede hablarse de hospitalidad, sino más bien de alojamiento.

---

<sup>1</sup> E. GALEANO, *Bocas del tiempo*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires 2010.

La hospitalidad está en el corazón del evangelio, es un tema central. No es sólo una actividad entre otras, sino que es emblemática en todo encuentro. Incluso cuando la palabra no aparezca con frecuencia es un tema constante.

El mismo Jesús se presenta como pidiendo asilo. No es un extranjero y, sin embargo, lo tratan como tal. “vino a los suyos pero los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Nació mientras sus padres se desplazaban por no haber sitio para ellos en la posada (Lc 2, 7).

Después de los años de Nazaret cuando sale a anunciar el evangelio vive de la generosidad de sus hospederos y hospederas...Los Evangelios lo describen con frecuencia como convidado, invitado, pero pocas veces como señor del banquete, solo en la última Cena, en la que se ofrece a sí mismo como comida....Al final muere rechazado fuera de la ciudad (Mc 15, 20)...Así es como atraviesa las barreras de la acogida.

Marcos nos dice que, fue **estando a la mesa** cuando Jesús confirmó a los once en la experiencia de su presencia real como resucitado, en la realidad de su vida nueva en Dios y en la historia y que, después de confirmarlos, los envió a anunciar esta novedad como Buena Noticia, como una posibilidad a concretizar en la historia a través de signos comprensibles para sus comunidades (Mc 16, 14-18).

Por su parte Lucas, narrando lo sucedido a los discípulos de Emaús, nos comunica que no fue hasta que Jesús se dejó hospedar por ellos: “Quédate” cuando pudieron reconocerle (Lc 24,30). Después confesaron a la comunidad que fue ese gesto de compartir la mesa y el pan (Lc 24,35) lo que les permitió descubrirlo, lo que volvió a encender su corazón...Muy probablemente estas experiencias les convencieron de la importancia de celebrar, así, la vida de Dios en la historia humana. (Cfr. Hch 2,42).

Finalmente, Juan presenta la presencia del resucitado en un almuerzo en la orilla (Jn 21,10-13).

### 1.- ¿Tienen algo de comer?

*«Poco después, Jesús se apareció otra vez a sus discípulos junto al lago de Tiberiades». Y el narrador va nombrando a cada uno, poniendo de relieve el ser único y diferente de cada uno. «Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos» (Jn 21,2). Los que salieron a pescar eran siete discípulos, imagen de la comunidad. Se nos dice: «salieron juntos y subieron a una barca pero aquella noche no pescaron nada» (v.3).*

El grupo no ha tenido éxito. Ya no creen que tenga sentido volver juntos. En su tarea diaria todo ha sido en vano, nada salió como esperaban y se sienten frustrados.

Dice Pagola que “no es posible impulsar la misión desde actitudes negativas como el resentimiento, el victimismo, la pasividad o la evasión. Hemos de leer y de vivir la crisis de manera positiva. La Iglesia, animada por el Espíritu de Jesús, tiene recursos para vivir de manera evangélica esta situación inédita. La crisis religiosa que nosotros vivimos y sufrimos directamente no es sino un fragmento de la crisis global. Por eso, hemos de situarnos como Iglesia dentro de la cultura de la crisis, compartiéndola... Lo primero no es plantearnos qué retos ha de asumir la Iglesia, sino a qué retos hemos de enfrentarnos los hombres y mujeres de hoy y qué es lo que la Iglesia, metida ella misma en la crisis, puede vivir y proponer a la Humanidad”.

En esas noches en que no pescamos nada, que son muchas, cansadas, echando sin esperanza las redes porque nos puede lo que ya sabemos de nosotras, de los demás, de nuestra Iglesia, lo que creemos acaba casi siempre pasando...Y es ahí precisamente, en esas noches donde él viene por donde menos lo esperamos: *«Al clarear el día se presentó en la orilla del lago, pero los discípulos no se dieron cuenta de que era él»* (v. 4-6).

Jesús se acerca *preguntando*, no imponiendo; ofreciendo, sugiriendo. Cuánto tiene que aprender la Iglesia de esta pedagogía de Jesús...Se acerca como un pobre, viene sin avisarnos para decirnos que tiene hambre de nuestras vidas: *«muchachos, ¿han pescado algo?», ¿tienen algo que comer?»*... Se dirige a sus discípulos amorosamente como sus muchachos. Jesús les pregunta por el sustento, lo que nutre la vida, lo que le da sabor. Jesús pregunta si han pescado algo. Y ellos tienen que reconocer que no tienen nada, que sus manos están vacías. ¿Cómo él siendo el Dador nos pide? Es su manera de hacerse presente, haciéndonos valiosos para él, pidiéndonos a nosotros.

*«Les dijo: “echad la red al lado derecho de la barca y encontraréis”. Ellos la echaron, y la red se lleno de tal cantidad de peces que no podían moverla»* (v.6). Jesús les invita a arrojar la red por el lado derecho, no les está pidiendo nada especial. Hacer lo que hacen normalmente, echar las redes, pero por el lado derecho, fiados de su palabra. Necesitamos que su palabra penetre nuestras acciones cotidianas para que la vida nos descubra su fecundidad.

*«Echad la red al lado de derecho»*. Por el *lado derecho* del templo brotaba el agua que todo lo limpiaba y lo sanaba: *«El agua bajaba por debajo del lado derecho del Templo...Por donde quiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo y la vida prosperará a todas partes donde llega el torrente. A sus orillas vendrán los pescadores...se tenderán las redes. Los peces serán de la misma especie que los peces del mar Grande y muy numerosos»* (Ez 47, 1-10).

En el lado derecho sitúa la iconografía cristiana la herida del costado (Jn 19, 34), la Puerta, la Fuente por donde mana esa corriente de amor incondicional...Echar las redes por ahí.

Lo descubre primero el que se ha dejado querer más: *«¡Es el Señor!»* (v.7). El amor lo reconoce en medio de los hechos cotidianos, en medio del trabajo. El Resucitado está presente pero se necesita *la mirada del amor* para percibir su presencia.

*«Al saltar a tierra, vieron unas brasas con peces colocados sobre ellas y pan. Jesús les dijo: “Traed ahora alguno de los peces que habéis pescado (...) Venid a comer”...»* (v. 9.12). Un amigo que les prepara un almuerzo y les invita. La resurrección no sucede en las cosas extraordinarias sino en las cosas cotidianas y sencillas (pronunciar un nombre con afecto, mostrar las heridas, compartir un trecho del camino...), en el alimento cocinado al fuego, se descorre el velo y los discípulos entran en contacto con la realidad. Ya no necesitan preguntarle quién es.

La hospitalidad implica necesariamente reciprocidad, como hemos visto Jesús mismo, se apareció a sus discípulos como un desconocido que les pide en la orilla algo de comer. La puerta del misterio de la hospitalidad queda del lado de **la necesidad de ser acogido**.

Pero una generosidad excesiva puede hacer la comunicación demasiado asimétrica, para que la hospitalidad sea justa, y la reciprocidad respetada, es necesario que las dos partes

entren en juego. Jesús les va a esperar en la orilla, con las brasas encendidas, y en ellas unos peces...pero les pide también, recibe lo de ellos: “*traed lo que habéis pescado*”. “*Venid a comer*”, les dice Jesús y ya no necesitan preguntarle porque saben que es él, sus ojos y su corazón lo han reconocido, pero para esta transformación Jesús necesito pedirle antes, dejarse acoger...Antes de lanzarlos a la misión reconstruye la comunidad. No le importan ni el talento ni las capacidades, sólo el amor.

Cuentan que Carlos de Foucauld pasó por una situación de desprendimiento. Fue al Sahara para ayudar a los nómadas con su generosidad, sus servicios, su oración. Pero en 1908 le sobrevino una profunda crisis: enfermedad, aislamiento; y se preguntaba deprimido de qué podría servir su presencia en aquella región tan seca. Y fue entonces cuando vio a los tuaregs que se acercaron a ayudarlo, cuidarlo y alimentarlo con sus propios víveres de primera necesidad: ¡los que no conocían a Cristo que les había predicado con tanto ardor, ahora venían y le servían sin saberlo a Él, en él, que en ese momento era pobre, y extranjero! Sin saberlo experimentó el precepto de Jesús: “Era forastero y me hospedasteis” (Mt 25, 35)...Para ser hospitalario hay que comenzar por experimentar la pobreza, arriesgarse a no ser acogido (le pasó a Jesús cuando cruzaba de samaria a Judea).

Jesús se presenta como aquel-que-no-tenía-donde-reposar-la-cabeza y que esperaba de los demás una acogida bienhechora. Esta condición de peregrino es una provocación a una mayor confianza...Descubrimos una gran comunión con todos los que están sin casa y sin hogar.

Acogiendo de forma lúcida y benevolente el mundo actual, presentándose ella también necesitada de hospitalidad, la Iglesia encontrará el ánimo, la creatividad, el valor y la confianza para irradiar el Evangelio. ¡Hay tanto que descubrir! El Evangelio contiene enormes potencialidades que no han sido puestas al día hasta el presente.

La reconciliación y las comidas compartidas, la paz y el alimento, son recurrentes en los encuentros con el Resucitado. También él se presenta con esos rasgos de hospitalidad con que los había enviado, cuando entréis a una casa: “desead la paz a esa casa, comed lo que es pongan y decir que está cerca el reino de Dios”.

## **2.- El encargo de cuidar de los frágiles...**

Volvamos a nuestro relato, «*Simón, hijo de Juan*» (v. 15.16.17). ¿Por qué le llama así y no Pedro? Lo toma desde sus raíces, desde su sistema familiar, con su historia, para integrar toda su persona, para no dejar nada fuera. Jesús, conocedor de las limitaciones y de las posibilidades humanas, tres veces preguntó a su corazón: «*¿me amas?*», para sanar sus heridas, para poner misericordia y gozo en el espacio donde había crecido la culpabilidad. «*¿Me amas?*» Emocionarnos de ver a Jesús tan humano.

Es extraño que Jesús haga a Pedro compararse, «*¿me amas más que estos?*» (v.15). Qué sabe Pedro de cómo y cuánto le ama Juan o los otros. La pregunta nos evoca la parábola que Jesús cuenta a Simón, un fariseo que le invitó a comer. Mientras están a la mesa, una mujer, pecadora pública, se presenta inesperadamente con un frasco de perfume y unge a Jesús (Lc 7, 36-50). Simón se queja y Jesús le cuenta una historia: «*un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Pero como no tenían con que pagar le perdonó la deuda a los dos. “¿Quién de ellos lo amará más?”*. Simón respondió: *Supongo que aquel a quien le perdonó más...Jesús le dijo: “así es”...»*.

Y dirá de la mujer que le unge: «*Te aseguro que si da tales muestras de amor es que se le ha perdonado mucho, en cambio al que se le perdona poco mostrará poco amor*» (Lc 7, 47). En realidad, lo que Jesús le está diciendo a Pedro es déjate amar hasta el fondo, déjate perdonar, porque eso te capacita para amar más.

*Déjate perdonar* para que puedas, como el Único Pastor Bueno, amar a las menos amadas, fortalecer a las débiles, curar a las enfermas, vendar a las heridas, recoger las descarriadas; no dejar que se pierdan sin salir a buscarlas, cuidarlas para que no sean presa de las fieras salvajes, que no vaguen sin rumbo y sin sentido (Ez 34, 11-23). Es el Señor mismo el que sigue su rastro de sus ovejas para liberarlas y le dice a Pedro, y a nosotros: *sé para ellas lo que yo he sido para ti. Quiérelas con un amor de madre*, que es un amor que va a dolernos. Pedro puede, ahora, amar más porque se le ha perdonado más. Es en su fragilidad, en su debilidad, no en la fuerza de su ego, donde Jesús le confía a los suyos, donde le revela las posibilidades ilimitadas del amor. Ahora, después de pasar por la experiencia de su propia fragilidad y del perdón, Pedro está más preparado que antes para acompañar a sus hermanos.

*Tú lo sabes todo, Señor, tú sabes que pobre y apasionadamente queremos amarte. ¿A quién vamos a ir?* Pedro le responde *philia*, lo ama con un amor de amigo, Jesús le pregunta por el *ágape*, el amor que está libre del ego, de toda intención de adueñarse de los demás.

Jesús nos pregunta sobre el amor y nos confía a alguien y nosotras somos a la vez confiadas a otros. Tenemos mucho más amor para dar del que imaginamos, existe en cada uno de nosotras en exceso, y este amor quiere ser liberado, salir de nosotras. Pero solamente puede ser liberado volcándose en otro. Aparentemente nadie puede abrirse al amor por sí mismo. Dejemos que otros nos abran a amar y abramos a otros al amor a través nuestro.

### **3.- Recuperar el sentido, la gratitud y la ofrenda**

Los discípulos habían perdido su imagen de seguidores, han tocado fondo, han entrado en una gran insatisfacción. Pero la presencia del Resucitado *en medio de ellos* les lleva a recuperar el sentido de sus vidas: perdón, paz, alegría desbordante, amistad rehecha... y la experiencia de una transformación. Sienten una nueva posibilidad de vida. A primera vista parece que la realidad sigue siendo la misma, pero en el encuentro con el Resucitado los hechos cobran un significado nuevo.

«Aparentemente su situación no ha cambiado siguen siendo pobres, pero ahora las cosas más elementales que están al alcance de su pobreza (pan, vino, pesca) se convierten en *celebración*. Aparentemente siguen referidos al humilde servicio, pero el Resucitado les ha revelado la *fecundidad* de esta actitud («*apacienta mis ovejas*»). No se les oculta el precio a pagar («*otro te ceñirá*») pero también Jesús promete su *presencia*» (T. Mifsud).

La Iglesia necesita recuperar su capacidad receptiva, sintonizar con el latido de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en los diversos contextos; en diálogo, con “los pobres, las religiones y las culturas”, como decían los obispos asiáticos, y recuperando **la capacidad de agradecimiento y de ofrenda**. El agradecimiento como alternativa a la exigencia y a la queja; y la ofrenda como la elección de vivir sin depredar al otro y sin depredar el planeta.

El agradecimiento es la señal de que nuestra vida va en buena dirección. Es el medidor de nuestra vida, el reconocimiento cotidiano de que cuanto podemos ser lo somos por Otro, de que no hay nada nuestro que no hayamos recibido primero. «*Lo que somos, lo que hay de más precioso en lo que somos cada uno; lo más incomunicable de nosotros mismos. No depende de nosotros. Nos es dado*» (W. Jagër).

La Iglesia en continuo diálogo con los dolores y esperanzas de los grupos humanos, de las diversas culturas e identidades, debe ayudar a vivir esa experiencia espiritual que requiere nuestro tiempo, caracterizada por tres rasgos: “el arraigo en la propia tierra, una capacidad receptiva a las aportaciones de los demás caminos y una disposición a mantenerse abiertos hacia un horizonte siempre mayor, libres de seguridades que endurecen”. **Profundidad, receptividad y apertura**...serán los tres rasgos que marcarán la calidad de una experiencia espiritual siempre dispuesta a una mayor capacidad de recibirse del Señor de la historia y de aquellos hermanos más pequeños con los que Él ha querido identificarse. (cf. Javier Melloni)

Podemos preguntarnos qué les ocurrió a los discípulos y discípulas para pasar del miedo y la cobardía a dar su vida con gozo por Jesús. ¿Es que Pedro ya no tuvo que aguantar y luchar más con el orgullo de su hombre viejo, ni María Magdalena andar a vueltas con su afectividad? Seguro que sí, pero sentían su debilidad acogida por un Amor mayor con el que el Resucitado fue tomándoles la vida, hasta llegar a decir con Pablo: *realmente es él quien vive en nosotros*. No es una alegría fácil la que van a sentir ahora, sino la alegría que ha madurado en el perdón y en la aceptación paciente de la propia vida. La del que siente su condición humana acogida con inmensa ternura. «*Te basta mi gracia*», le dirá a Pablo, cuando está cansado de luchar con un aspecto de sí mismo.

«*Ir a donde tú no quieras*» (v.18), dice el Señor a Pedro, porque él mismo había pasado esa situación. Aceptar el proceso de la vida y decir que sí a cada cambio en las etapas. «*Extenderás tus manos*», sin tener miedo. Extender las manos y ser llevados. No dejar que el miedo se adueñe de nosotros, cuando decimos sí a la limitación eso nos hace más conscientes de nuestra dependencia de Dios. Estar dispuestos a soltar. Soltar es otro modo de desprendernos. Lo que retenemos impide la vida. Soltar es adentrarnos en la profundidad de la vida, es temer menos y amar más.

Dice Pagola que hoy se nos pide soltar la imagen de una Iglesia que está dejando de ser para muchos “lugar de salvación” pues ya no entran ni viven en ella, para vivir esa Iglesia que no ha de dejar de ser “signo de salvación” (terminología del Vaticano II: la Iglesia «como sacramento» (L. G. n.1). “*Un signo que apunta hacia una salvación que tampoco ella posee de manera plena. Un signo que indica el camino, estimula, inquieta, interpela en la medida en que ella misma acoge la salvación. La crisis nos está urgiendo a reconocer más la relatividad de la Iglesia (sólo Dios es Absoluto y necesario para la salvación), a valorar más la acción de Dios fuera de la Iglesia, en medio de las experiencias profanas de la vida, y a dar mucha más importancia al testimonio.*

*El elemento esencial de una Iglesia “signo de salvación” es el testimonio. El testimonio constituye la fuerza fundamental de la Iglesia para evangelizar. La verdad del Evangelio no es testimoniada por estar redactada en los documentos del magisterio o expuesta en los estudios de los teólogos. La verdad aparece en las personas. En ellos resplandece el Evangelio (veritatis splendor)”. Porque la misión no se hace pensando en la Iglesia (su futuro, seguridad, derechos, privilegios) sino pensando en el bien de los hombres y mujeres. Hemos de saber inscribir a la Iglesia en la historia actual.*

*Hemos de aprender a “vivir en minoría” a la manera de Jesús- haciendo real e histórico el ofrecimiento de la propia vida en favor de la vida de las mayorías.*

*La misión la llevan a cabo los testigos de una realidad nueva, de una transformación, de un estilo de vida nuevo y una esperanza nueva. Por eso Jesús confía su misión no a unos jerarcas, teólogos, escribas, liturgistas, sino a testigos: «Recibirán una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y de este modo serán mis testigos en Jerusalén en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch. 1,8). La misión no se apoya en la Jerarquía, en el clero, en la eficacia de las obras, el número de practicantes. Lo decisivo de una Iglesia “signo de salvación” son los testigos, las comunidades-testigo. (J.A. Pagola)*

Practicar la hospitalidad, y dejarnos hospedar por otros, volver a echar, con los que menos tienen y pueden, las redes de la vida, vivirnos como perdonados y no como inocentes y experimentar la Presencia inesperada de Aquel que transfigura nuestra debilidad y hace surgir en nosotros recursos desconocidos. Que podamos mostrar en la Iglesia, con nuestras propias vidas, como hizo Jesús, que la verdadera felicidad solo llega cuando se cuida del otro.

Una enfermera contaba hace poco que durante la noche, cuando la oscuridad y la quietud reinan en el hospital, algunos pacientes demandan atención de manera repetida. Aducen diferentes tipos de malestar o necesidades que ella, como las demás enfermeras, procura resolver. Sin embargo, su experiencia le dice que detrás de esos síntomas se esconde más bien la necesidad de contacto. La soledad de la noche favorece que emerjan temores e inquietudes. Entonces, una caricia, una mirada atenta, coger la mano o acercarse a la cabecera de la cama a escuchar, o a susurrar unas palabras, surten un efecto calmante inmediato.

En nuestro mundo violentado y herido, la Iglesia es enviada a dejarse llamar en la noche, a tejer contactos humanizadores, en todos sus registros posibles y a decirle al mundo, con gestos y palabras, con el pan y la belleza, que Dios está aquí y ahora, escuchando sus clamores, ofreciéndole su Liberador Amor desde abajo.

¡Gracias y espero no cansarles!